

LIBRO CINCUENTA Y SEIS.

Crece el Terror.—El general Dillon, Chaumette, el obispo Gobel, la viuda de Hebert y Lucila Desmoulins.—Carta de madama Duplessis á Robespierre.—Dominacion del comité de salud pública.—Saint-Just en el ejército.—Fuerzas y plan de los coligados en 1794.—Fuerzas de los ejércitos franceses.—Pichegru.—Souham.—Moreau.—Victoria de Turcoing.—Marceau.—Duhesme.—Kleber.—Bernadotte.—Jourdan general en jefe.—Lefebvre.—Macdonald.—Toma de Charleroi.—Batalla de Fleurus.—Lefebvre y Championnet.—Globo de observacion.—Se resuelve la invasion de Holanda.—Indecision de la corte de Viena.—Hoche.—Se levanta el bloqueo de Landau.—Repasan los austriacos el Rhin.—Los prusianos se retiran á Maguncia.—Prision de Hoche.—Se le traslada á Paris.—Se aseguran las fronteras.—Dumas.—Massena y Serurier.—Bonaparte.—Augereau.—Perignon.—Dugommier.—La escuadra de Brest.—Su insubordinacion.—El almirante Morard de Galles es reemplazado por Villaret-Joyeuse.—La escuadra francesa se encuentra con la inglesa.—Combate de 1.º de Junio de 1794.—El navio *Vengador*.—Entra en Brest la escuadra francesa.—El *Canto de partida*.—Redoblan el Terror y las ejecuciones.—Las insultadoras públicas.—Condenacion y ejecucion del hijo de Custine.—Suicidio de Claviere.—Se envenena su mujer.—Ejecucion de Lamourette, obispo de Lyon.—Condorcet.—Su retirada.—Su fuga.—Su prision.—Se envenena.—Louvét.—Lareveillere-Lepeaux.—Mr. de Malesherbes y su familia, Luckner, Duval-Dupremenil y el mayor número de los grandes nombres de la monarquia son enviados al cadalso.—Hornadas de la guillotina.—Las jóvenes de Verdun.—Las religiosas de Montmartre.—Se transporta la guillotina desde la plaza de Luis XV á la barrera del Trono.—El abate Fenelon ejecutado á los ochenta y nueve años.—Palabras de Collot-d'Herbois á Fouquier-Tinville.

I

Apénas habia muerto Danton, cuando pareció que el Terror se reanimó con los esfuerzos que éste habia hecho para dulcificarlo. Veintisiete acusados de todos rangos, opiniones y sexos, encerrados sin distincion en la cárcel del Luxemburgo so pretexto de conspiracion, fueron conducidos al tribunal revolucionario. Entre ellos se veia al general Arturo Dillon, Chaumette, á los ayudantes de campo de Ronsin, al general Beysser, Gobel el obispo de Paris, á los cómicos Grammont, padre é hijo, á Lapalus, á la viuda de Hebert, y en fin, á la esposa de Camilo Desmoulins. Su crimen comun se limitaba á algunas aspiraciones imprudentes por su libertad ó por la de sus interesados, y su crimen efectivo era la inquietud que la emocion del pueblo á la voz de Danton habia dado el dia anterior á los dueños de la Convencion. Se queria únicamente arrojar corrientes de sangre sobre las cenizas del tribuno para extinguirlas.

Casi todos fueron condenados. A la jóven religiosa que llevaba el nombre de Hebert no se le ocultó la suerte que le esperaba. No deseaba ésta prolongar una vida ahogada desde su infancia en el claustro, manchada en el mundo por el nombre que llevaba, y que luchando entre el horror y el amor á la memoria de su marido, era desgraciada bajo todos estos aspectos. «No he debido á la revolucion más que un rayo de libertad y de dicha,—le decia á su compañera de dolor Lucila

Desmoulins,—y es terrible cosa amar á un hombre á quien todo el mundo aborrece. Su memoria no me será perdonada, y yo moriré tal vez para expiar los excesos que yo misma deploro más que nadie. Vos, señora,—añadió,—sois dichosa; ningun cargo hay contra vos, y no sereis arrebatada á vuestros hijos. ¡Vos vivireis!» Lucila Desmoulins no aceptaba aquella esperanza. Habia aprendido con la muerte de su marido lo que valia la amistad de Robespierre. «Los cobardes me matarán como á él,—respondió á su compañera de cadalso;—pero no saben que la sangre de una mujer crea la indignacion en el alma de un pueblo. ¿No fué la sangre de una mujer la que arrojó para siempre á los Tarquinos y á los decenviros de Roma? ¡Que me maten, y que la tiranía caiga conmigo!»

Aquellas viudas de dos hombres que se destrozaban pocos dias ántes, y cuyo encarnizamiento mutuo habia atraido la pérdida comun, ofrecian una de las más crueles irrisiones del destino. Habian aplaudido algunos meses ántes el sacrificio de la reina y de madama Roland, y ahora comprendian por experiencia propia lo que habrian sufrido aquellas dos mujeres. Las faltas y las venganzas se tocaban en aquellas catástrofes del Terror, en donde los dias hacian veces de años.

Inútilmente la madre de Lucila, la bella y desgraciada madama Duplessis, se dirigió á todos los amigos de Robespierre para despertar en él un recuerdo de sus antiguas relaciones. Todas las puertas se cerraban al nombre de los parientes de Camilo y de Danton. «Robespierre,—le escribió al fin aquella señora,—¿no es ya bastante haber asesinado á tu mejor amigo, sino que quieres aún la sangre de su mujer, de mi hija?... El monstruo de Fouquier-Tinville acaba de ordenar que la lleven al cadalso. Dentro de dos horas ya no existirá. Robespierre, si tú no eres un tigre en forma humana, si la sangre de Camilo no te ha embriagado hasta el punto de hacerte perder la razon, si te acuerdas aún de nuestras reuniones íntimas, si te acuerdas de las caricias que prodigabas al pequeño Horacio, que gustabas poner en tus rodillas, si recuerdas que debiste ser mi yerno, ¡perdona una víctima inocente! Pero si tu furor es el del leon, ven á prendernos tambien á mí, á Adela (otra hija suya) y á Horacio; ven á destrozarnos con tus manos humeantes con la sangre de Camilo. ¡Ven, ven, y que un solo sepulcro encierre las cenizas de todos nosotros!»

Esta carta quedó sin respuesta. Robespierre, á quien sus concesiones, fatales á una popularidad que debió rechazar á este precio, no le dejaban ya el derecho de tener ni memoria, ni indulgencia, ni compasion, ó no la recibió, ó fingió no haberla recibido, y calló. Lucila, sentada al lado de madama Hebert en la carreta de los sentenciados, fué conducida al cadalso. Más dichosa que su compañera, que iba anonadada de humillacion, y bajando la frente al oír el nombre de Hebert, madama Desmoulins podia al ménos levantar la cabeza y decir al pueblo que moria por haber inspirado á su marido la indulgencia. Su esbelta estatura, su cara aniñada, la palidez luchando en sus mejillas con la frescura de la juventud, la memoria que invocaba de su marido, de su madre y de su hijo, el sentimiento de la vida interrumpida por el deseo de una muerte que iba á reunirle á su Camilo, enternecieron á todos los circunstantes. Méenos severa que madama Roland, inspiraba más interes que aquélla. No moria por la gloria, sino por su amor. No era á la opinion, era á la naturaleza á quien la muerte heria en ella. Fué llorada, y tal vez la víctima más vengada algunos meses despues. Aquella sangre

femenina hacía olvidar la otra. Reunió á todo un sexo en contra de los asesinos de la juventud, de la inocencia y del amor. La muerte de Lucila fué la página más elocuente del *Viejo Franciscano*.

II

Los comités temblaron, y temían en Paris y en los departamentos una reacción ocasionada por la muerte de Danton. Su suplicio era un golpe de Estado. ¿Cómo se recibiría? Los comités no conocían bastante el servilismo del miedo, y el éxito excedió á sus esperanzas. Un solo grito de adulación pareció elevarse hácia ellos de todos los clubs de la república. El mismo Legendre rescató con sus excesivas bajezas la veleidat de independencia que se había atrevido á mostrar, fatigando á Robespierre con demostraciones de arrepentimiento. «He sido amigo de Danton mientras le he creído puro,—decía;—pero ahora no hay en toda la república hombre más convencido que yo de sus crímenes.»

El comité de salud pública, dominando ya en el interior, llevó toda su atención hácia las fronteras.

Saint-Just, que era el brazo derecho de Robespierre, regresó al ejército. La apertura de la campaña de 1794 reclamaba el ojo y la mano de la Convención. Los coligados, mirándose entre sí con envidia y contando con las divisiones intestinas de Francia, no habían intentado nada durante el invierno, contentándose con conservar sus posiciones y acumular sus fuerzas. Su plan consistía en marchar en masa sobre Landrecies, y de allí á Paris por Laon. Sus ejércitos se componían en el mes de Marzo de sesenta mil austriacos ó emigrados sobre el Rhin, al mando del duque de Sajonia-Teschen; de sesenta y cinco mil prusianos alrededor de Maguncia, en el Luxemburgo y sobre el Sambre, mandados por Beaulieu, Blankeinstein y el príncipe de Kaunitz; y en fin, de ciento veinte mil hombres de los diversos contingentes de la coalición, bajo las órdenes del príncipe de Coburgo y de Clairfayt, maniobrando entre el Quesnoy y el Escalda.

El ejército francés se dividía en ejército del Alto Rhin, con sesenta mil hombres; ejército del Mosela, con cincuenta mil; ejército de los Ardennes, con treinta mil, y ejército del Norte, con ciento cincuenta mil. Las hostilidades empezaron por una marcha de los aliados sobre Landrecies. Este movimiento hizo retroceder al ejército republicano. El enemigo cercó á Landrecies. Rechazado nuestro centro de este modo, dejaba descubiertas sus dos alas é incomunicadas con el cuerpo principal. No habiendo podido Pichegru restablecer su centro en el primer ataque, y convencido de que no lo conseguiría sino por una acción directa para levantar el bloqueo de Landrecies, resolvió ejecutar un movimiento temerario, invadiendo la Flandes marítima, llamando hácia sí las fuerzas principales del enemigo. Su genio reflexivo, asociado al genio de Carnot, veía la guerra en grande, y seguía así sobre el vasto horizonte de una carta de Europa el efecto de una operación sobre otra. Además, tenía dentro de sí mismo el ardor necesario para iluminar en un momento premeditado la resolución friamente calculada ántes de que llegara aquel instante decisivo.

Ocultó su movimiento por medio de un ataque general en toda la línea francesa, propio para llamar las fuerzas de los coligados lejos de las orillas del mar,

adonde él quería dirigirse pasando por su retaguardia. Aquellos brillantes ataques sin resultados no impidieron á los coligados el bombardear á Landrecies y el apoderarse de aquella llave de nuestras provincias.

Durante estos combates, los generales Souham y Moreau pasaron el Lys, y el canal de Loo con cincuenta mil combatientes, sorprendieron á Clairfayt y le tomaron á Courtray y Menin. Prevaliéndose Pichegru de estas primeras ventajas, no



Batalla de Fleurus.—Pág. 568.

temió descubrir enteramente el camino de Paris, lanzando todos sus cuerpos de ejército en apoyo de Moreau y de Souham. «Si Coburgo se atreve á penetrar en Francia,—pensaba Pichegru,—se encontrará entre Paris y un ejército francés de ciento veinte mil hombres, que le cortará por la parte de Flandes y por la de Alemania.»

Aquella temeridad surtió efecto. El reto no fué aceptado por el príncipe de Coburgo, que hizo dar media vuelta á su ejército para seguir á Pichegru y envolverle en sus conquistas.

Un solo consejo de guerra celebrado en Tournay, al que asistió el emperador, determinó un nuevo plan de campaña, que llamaron el plan de la destrucción del

ejército frances. Una vez envuelto y destruido el ejército, los coligados se lisonjaban de que el suelo de Francia, agotado ya el patriotismo y cubierto de sangre, no tendría otro que oponerles, y que cortados los brazos á la revolucion, podrian herirle en el pecho. Avanzaron en consecuencia en seis columnas contra el ejército del Norte, que debian encontrar entre Menin y Courtray. Pichegru estaba ausente, visitando en aquel momento sus cuerpos del Sambre. Moreau y Souham destruyeron los planes de los coligados y batieron reunidos á las diferentes columnas separadas, cuya reunion evitaron, consiguiendo la victoria de Turcoing, y convirtiendo en una derrota, en Waterloo, la marcha del ejército inglés. El duque de York, que mandaba aquel ejército, debió su libertad á la ligereza de su caballo. Tres mil prisioneros y sesenta cañones enemigos quedaron en poder de los republicanos. La gloria de Francia brillaba, bajo Moreau y Pichegru, en Waterloo; ella debia paliar despues de haber adquirido mayor brillo, bajo Napoleon, en otro Waterloo. Este nombre va siempre acompañado de triunfos y de reveses en los fastos de nuestros destinos. Aquella victoria, conseguida sobre el enemigo á pesar de nuestra inferioridad numérica, redobló por el entusiasmo el valor de nuestros soldados. Pichegru llegó al dia siguiente para recoger los frutos de ella, frutos que le fueron disputados con encarnizamiento en un combate de quince horas, en donde el nombre de Macdonald comenzó á figurar con gloria entre los de Moreau, Hoche, Pichegru, Marceau y de Vandamme. Encargado Moreau del sitio de Ipres, rechazó á Clairfayt que iba á socorrer la plaza á la cabeza de treinta mil soldados. Por fin la tomó despues de varios asaltos obstinados, é hizo en ella seis mil prisioneros.

III

Durante estas operaciones, Carnot tenia la vista fija sobre el Sambre, tantas veces pasado y repasado, y que parecia ser el límite fatal disputado entre la coalicion y la república. Carnot habia enviado allí á Jourdan, que fué injustamente destituido del mando del ejército del Norte, y nombrado entónces por aquel representante general del ejército del Sambre y Mosa. Jourdan no tomó otra venganza de la ingratitud de su patria que cubrirla con su espada y con su genio. Saint-Just y Lebas, que estaban presentes en medio de los débiles cuerpos que cubrian aquel rio, no cesaban de arrojarlos al otro lado para lanzar la guerra á terreno enemigo. Llegando Jourdan con cincuenta mil hombres del ejército de los Ardennes, resolvió pasar el Sambre á la voz de estos representantes. Marceau y Duhesme habian rechazado á los austriacos sobre Thuin y Lobbes, facilitando así el paso del Sambre al ejército que les seguia; pero abandonados por las tropas del general Desjardins, á quien detuvieron algunas disposiciones mal combinadas, repasaron el rio para reunirse al cuerpo principal. El impaciente Saint-Just mostró de nuevo el Sambre ó la muerte á los generales Charbonnier y Desjardins. El 20 de Mayo, estos generales se lanzaron al otro lado del rio. Acampados en las playas extranjeras á la inmediacion del Sambre, Charbonnier y Desjardins destacaron á Kleber y Marceau para que fuesen á proveer de víveres al ejército por el lado de Francia. Durante aquella imprudente desmembracion de fuerzas, atacados por los austriacos, los franceses fueron rechazados hasta el rio, debiendo su salvacion á la vuelta de Kleber y al valor de Bernadotte, que acudieron al ruido del cañon. Teñido el Sambre de sangre francesa, volvió á quedar entre los enemigos y nosotros.

Jourdan iba avanzando hácia allí con sus fuerzas, pero el ardor de Saint-Just no le permitió esperarle. «¡Charleroi! ¡Charleroi!—repetia sin cesar á los generales, como Caton á los romanos, en el consejo de guerra.—Arregladlo como queráis, pero es necesario dar una victoria á la república.»

Kleber repasó el rio el 26 de Mayo, y esperó tres horas, bajo la metralla de veinte piezas, á las columnas que debian seguirle. Deshecho, en fin, por nuevas baterías que destrozaban los flancos de su vanguardia, le fué preciso replegarse. El 29, Saint-Just hizo pasar el rio á Marceau y á Duhesme. Las cabezas de sus columnas chocaron contra treinta y cinco mil hombres del príncipe de Orange, y volvieron á pasar el rio en derrota. En fin, llegó Jourdan en medio de aquellos inútiles asaltos. Saint-Just le proclamó en seguida general del ejército del Sambre y Mosa y del Norte á la vez, adjudicándole todos los generales y todos los cuerpos, y dándole la dictadura de la campaña. Jourdan reunia al instinto militar de Saint-Just la ciencia del general y el número de los batallones. Por sexta vez pasó el Sambre, y marchó sobre Charleroi seguido de ochenta mil combatientes.

Empezaba el nuevo generalísimo á bombardear á la ciudad y á situar los cuerpos de ejército, previendo una batalla próxima, cuando atacado de improviso y hallándose sin municiones, sin baterías, sin apoyo, sin haberse podido poner aún en contacto con el resto del ejército, y batido por tres formidables masas enemigas, se vió obligado, á pesar de los prodigios de inteligencia y de valor de Kleber, de Marceau, de Duhesme, de Lefebvre y de Macdonald, á replegarse precipitadamente al valle del Sambre y cubrirse de nuevo con su corriente. Irritado Saint-Just, aunque testigo de la intrepidez de las tropas y de la obediencia de los generales, temblaba que la noticia de aquel reves despopularizase al comité y á Robespierre. El mismo habia combatido como un héroe, pero la gloria no era nada sin el triunfo. Para Saint-Just la victoria era su política, su campo de batalla estaba en Paris, y no encontraba nada imposible con tal que fuese necesario á la salvacion de la república. Carnot no cesaba de escribirle: «Una victoria en el Sambre, ó la anarquía en Paris».

En fin, el 18 de Junio, habiendo reunido en dos dias sus parques de artillería, sus refuerzos y sus municiones, se aprovechó de la confianza que habia infundido al príncipe de Coburgo aquel triunfo para repasar el Sambre y avanzar sobre Charleroi. El príncipe de Coburgo habia destacado la mayor parte de sus batallones y de su caballería para reforzar á Clairfayt contra Pichegru. Jourdan bloqueó á Charleroi y atrincheró los pueblos que cubrian su frente, y principalmente á Fleurus. En el centro de su línea construyó un reducto armado con diez y ocho piezas de grueso calibre, y apagó los fuegos de Charleroi. Aquella plaza se rindió en el mismo dia, y Saint-Just se mostró generoso con la guarnicion, dejándole salir con armas y bagajes. En el momento en que ésta evacuaba la plaza y desfilara delante del representante del pueblo, el estampido del cañon que resonaba á lo lejos anunciaba á Charleroi un socorro tardío, y á Jourdan una nueva batalla que no podia ménos de estar muy próxima.

El príncipe de Coburgo era el que se aproximaba, y el que al verificar su reunion con el príncipe de Orange, empezaba á cañonear las avanzadas del ejército frances. Jourdan dispuso sus tropas en semicírculo, apoyando las alas en el Sambre, que no podian repasar, y no dejándoles otra alternativa que la victoria ó la